

1^o de Junio 1923



No. 5 * Epoca II.



Quincenario publicado por los maestros de Heredia
PARA LOS NIÑOS DE COSTA RICA

➔ Precio 10 Cénts. ⬅

Imprenta y Librería Tormo - San José

PRECIOS DE SUSCRICION

Un mes. ₡ 0.20 Este año ₡ 1.60

Pago anticipado

Número suelto 10 céntimos

Directores:

Lilia González - Carmen Lira
Joaquín García Monge

La correspondencia dirijase a la Inspección Provincial
de Escuelas de Heredia. Remberto Briceño Apartado 13

Tesorero de la Revista: don Rafael Martínez,
Director de la Escuela de San Pablo de Heredia



¿Qué Juntas de Educación quieren
ayudar a la publicación de
SAN SELERIN?

Suplicamos el pago inmediato para reunir la
cantidad que se necesita para el número siguiente.

1º de Junio
de 1923.



Número 5
Epoca II



PERIODICO PARA LOS NIÑOS

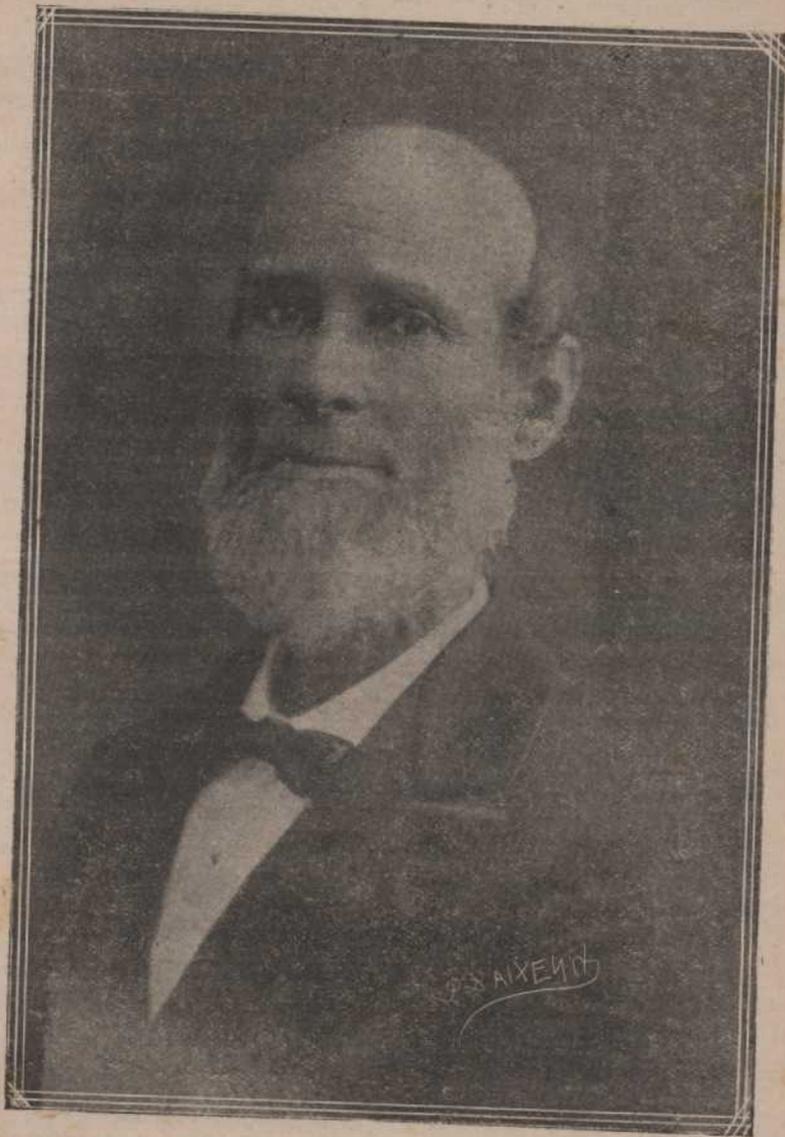
DON JESUS JIMENEZ

Acerquemos nuestros corazoncillos al recuerdo de este anciano, con la misma confianza con que nos acercaríamos a las rodillas de un abuelo bondadoso y digámosle: “Abuelito Jesús, cuenta la gente grande que cuando fuiste Presidente de Costa Rica, trabajaste mucho por la educación del pueblo y por abrir caminos. Hiciste muy bien, abuelito Jesús, y déjanos por ello besar tus manos y tu frente.”

Fragmento de una carta sobre don Jesús Jiménez

Yo era muy joven cuando pude tratar algunas veces a don Jesús; y siempre encogido por la fanática veneración que todos por él sentíamos. En los últimos tiempos, vivió apartado de todo contacto social: ni siquiera ejercía su profesión. Y cuando por rareza, pasaba por un lugar público, sucedía con él lo que pasaba con el varón justo de Us en la Idumea: "los jóvenes se retiraban, los hombres se ponían y mantenían en pie y los ancianos no hablaban más y sellaban sus labios con el dedo".—Tal la estela de recogimiento y de respeto que don Jesús dejaba a su paso. Sé, pues, de don Jesús cuya efigie se ostenta en la Sala Municipal de Cartago con el mismo orgullo con que se ostenta el escudo que su Magestad El Rey confirió a la Muy Noble y Muy Leal Ciudad, lo que todos sabemos con referencia a su vida pública: sé de su actuación de Presidente, de la pureza de su administración, de la abnegación de sus servicios, de las vicisitudes emocionantes que sufrió en el camino, de su retiro de la vida política, cargado de amargas decepciones y de deudas, para pelear brazo a brazo contra su digna y honorable pobreza.

Sólo lo vi en dos grandes concurrencias: cuando llegó el primer tren de Limón a Cartago, y cuando se verificó el entierro de quien había sido su ilustre Ministro, el Doctor Figueroa. En la primera ocasión se celebró, con ostentosa fiesta, lo que fué su ideal convertido en realidad: un camino al Atlántico que nos pusiera en



LICDO. DON JESUS JIMENEZ
(1823-1923)

frecuente trato con la civilización del Mundo. Bien es cierto que si se hubiera continuado su plan, prudentemente y sin lamentables precipitaciones, el país habría tenido ese camino sin los abrumadores sacrificios que después nos costó. En la segunda ocasión se trataba de dar sepultura sagrada al cadáver del Dr. Figueroa, contra una disposición de la Iglesia.—Don Jesús fué un católico sincero y practicante; pero él sabía que la santidad de un cementerio consiste menos en las formalidades litúrgicas de la Iglesia, que en el hecho de ser lugar destinado al-dormir final de los hombres en esta tierra. No toleró que su colaborador y amigo fuera depositado en sitio profano donde se había alzado una aislada tumba: quiso que se le enterrara en el campo-santo: tomó la presidencia del fúnebre convoy; y a una señal suya que revistió toda su reverenciada autoridad moral, la gente entró con el cadáver del Ministro ilustre y malogrado, en hombros, y se le dió en el cementerio cristiana sepultura.

Ya Ud. ve, cuán poco le puedo contar del viejo Prócer, verdadero representante de la austeridad y moral nobleza de nuestra antigua Cartago, a quien el país hizo justicia póstuma perpetuando su memoria en la eternidad de un bronce.

En sus últimos años, amó con amor indecible, la soledad y el sosiego del campo. ¡Qué desfile de recuerdos y de pensamientos debieron pasar por su mente! ¡Qué recuento doloroso de hechos, cosas y hombres! ¡Qué ortigante memoria de sucesos increíbles, de inconcebibles defecciones, de codicias desatadas, de odios implacables, de mortales persecuciones! ¡Qué tremendo desencanto debió dejarle una vida desinteresadamente consagrada al servicio de su país!—¡Cuántas veces repetiría, como el otro solitario egregio:



«Mas yo la vida por mi mal conozco
 Conozco el mundo y sé su elevosía.

.

La tentaciôn seduce, el juicio engaña;
 En los zarzales del camino deja
 Alguna cosa cada cual: la oveja ⁽¹⁾
 Su blanca lana: el hombre su virtud.»

Sólo que él no dejó la suya en los agudos puiputes
 del camino: fué virtuoso hasta el último día.
 Muy atentamente,

Nicolás Oreamuno.

Una Carta del segundo Presidente Jiménez

En la ciudad de Cartago hay una escuela que lleva el nombre de Jesús Jiménez. Cuando se celebró el acto de bautizar el establecimiento con el nombre del ilustre ciudadano, su hijo don Ricardo Jiménez escribió al director de esa escuela la siguiente carta:

Cartago, setiembre de 1921.

*Señor Director de la Escuela de Varones JESÚS JIMÉNEZ,
 don Rafael Hernández.*

P.

Señor:

Si cuando supe la intención del personal de esa Escuela de honrar hoy la memoria de mi padre sentí un gran placer, mi satisfacción es infinitamente mayor después de haber escuchado, en el acto de esta mañana,

(1) De "LA ORACIÓN POR TODOS"

tantas cosas bien dichas y tantos benévolos juicios, sobre la obra del Presidente Jiménez. Deleite, admiración y agradecimiento profundo, son los sentimientos que sobrenadan en mi ánimo al pensar en la brillante fiesta escolar de hoy. El homenaje a mi padre lo tengo como un símbolo del que ustedes dedican a cuantos, en situaciones oficiales, en el país, han servido la causa de la difusión de las luces. No ha podido ser más feliz la idea de ustedes de juntar en un solo haz los nombres de los primeros repúblicos y los de los posteriores que consagraron sus esfuerzos al aumento y mejora de la instrucción pública. Los unos y los otros trabajaron en una obra de emancipación. Más alta la de los segundos, porque es menos ominosa la esclavitud del coloniaje que la esclavitud de la ignorancia. Educar niños, es emancipar pueblos. Sobre todo, educarlos es tarea vital para los pueblos pequeños, que, en la lucha por la vida, tienen que suplir el número con la calidad de los ciudadanos. Fué la buena suerte del Presidente Jiménez haberse dada cabal cuenta de ese problema; y de haberlo resuelto al haber hecho pasar a la vida, como canon incambiable de la república, sin frases, pero de verdad, —como lo hizo notar uno de los oradores de la fiesta escolar,—el principio de que la instrucción popular es obligatoria, gratuita y costeadada por el Estado. Por eso premian ustedes, aunque con usura, sus servicios, salvando su nombre del olvido.

En el sitio de la escuela que lleva su nombre, fabricó el nido de su hogar, allí se formaron alegres proyectos de porvenir y resonaron las risas infantiles de sus hijos, allí maduró sus planes de gobernante, allí también, cuando la muerte le arrebató a su hija y a la compañera de dichas y congojas, vino a buscar sus sombras, que vagaban en la antigua casa, y allí, en el ocaso de su



vida, ocultó sus pobreza y sus tristezas, y vió aproximarse a la muerte. ¡Qué bálsamo de dulzura infinita habría sido para él haber sabido que un cuarto de siglo después, en aquel mismo sitio, habían de resonar palabras elocuentes que recordaran y ensalzaran la mejor obra de su vida, la de robar, como lo cuenta la leyenda de San Miguel, almas a la ignorancia, es decir al peor diablo, el de las tinieblas; y qué consuelo haber sabido que su casa de adobes se habría de transformar en casa de escuela, en santuario de niños, iluminado de continuo por el espíritu que lo inspiró y al cual sirvió con devoción, por el resplandor de la verdad que se derrama sobre las almas infantiles!

Pero si él no gozó de esa dulzura, sea para nosotros sus hijos, la de expresar a ustedes nuestros sinceros agradecimientos, por cuanto han hecho en memoria suya.

Su obsecuente servidor,

RICARDO JIMÉNEZ.

LA SERENATA DEL GRILLO

PARA SAN SELERIN

Cri, cri, cri,
está cantando el grillo,
cantando su canción...

Cri, cri, cri,
Muy buenas noches, rosa,
rosita de mi amor!

Cri, cri, cri,
rosita, di, no me amas?
yo soy un gran señor.

Cri, cri, cri,
vestida de rocío,
ven, sale a tu balcón.

Cri, cri, cri,
tu hermana la violeta
ayer me dijo adiós...

Cri, cri, cri,
rosita no me quieres?...
Me voy con mi canción.

Lemuel Gullivier.

MI TROMPO DE CEDRO

PARA SAN SELERIN

Mi trompo es de cedro,
no sabe bailar;
con un buen manila
ya lo aprenderá.

Ayer, conversando,
me dijo papá
que la tierra baila,
baila sin cesar.

¿Cómo será eso,
que pueda bailar
y que no se riegen
las aguas del mar?

¡Qué cordel más largo
necesitará!
Seguro un gigante,
la pone a bailar...

La tierra es un trompo
de la inmensidad,
la luna un trompito
que baila a la par,

Bueno... y el gigante,
sí me hace pensar:
¿si no está en la tierra,
en dónde estará?..,

Voy a preguntarle
todo eso a papá.

Mi trompo de cedro,
no sabe bailar;
con un buen manila
ya lo aprenderá.

Lemuel Gullivier.

ADIVINANZAS

Una torre muy alta, muy alta,
a la que la cal y el canto le faltan;
tiene bóvedas más de ciento,
y la lleva y la trae el viento.

Tiene la cara de oso,
tiene cabeza de vaca,
tiene dientes en las patas
y nace en un calabozo.

Solución de las adivinanzas del No. 1: La piña, - La oscuridad.

Un mundo de cacao mani



Las patitas de los animales y los bastones del chino, se pueden hacer con fósforos o palitos de dientes; el vestido de la señora, las plumas del loro, la cola del pez, etc., con papelitos de colores; las orejas del ratoncillo, con pedacitos de cartón, etc. Inventen el medio de unir los brazos y piernas de la señora y el chino y, las diferentes piezas del gusano.



SIMPLE SIMON

Había una vez un pueblo cerca de un bosque. El Simple Simón vivía con su madre en este pueblo. Simón era el camarada de Tomás, el hijo del flautero.

Joaquín el flautero y su hijo vivían en una pequeña choza al lado del bosque. El pequeño Tomás no quería ser, flautero. El no podía tocar más que una canción en la flauta. El nombre de esa canción era "Sobre las Olas".

Tomás le dijo un día a Simple Simón: "Yo seré un hombre rico y no un pobre flautero". "Entonces Ud. podrá comer cosas muy buenas", le dijo Simón. "Sí", dijo Tomás, "muchas que yo no puedo comer ahora".

Un día, Joaquín el flautero tenía que vender su vaca para comprar qué comer. Entonces, su hijo se propuso hacerse rico. ¿Y adónde creen Uds que fué? ¿Dónde el Presidente? ¡Ah, no! ¿Al mar? ¡No! Se fué al bosque.

Primero que todo fué a una parte del bosque llena de pinos y robles. Los frutos de esos árboles estaban maduros y así caían al suelo, que estaba lleno de ellos. Bajo un gran roble hizo un corral para cerdos, de la manera siguiente: Con un hacha cortó palos e hizo una especie de baranda al rededor del árbol; ésta tenía un portón.

Puso dentro ramas secas y paja para que sirvie-

ran de cama a los cerdos. Luego puso montones de maíz y bellotas en el corral. “Y ahora a conseguir los cerdos”, dijo Tomás, “y pronto seré rico”.

*
* *

Un día apareció Tomás trayendo una manada de cerdos al bosque.

Traía cerdos grandes y pequeños, flacos y... no traía cerdos gordos. Los dueños le habían pagado a Tomás un cinco por cada uno. Tomás los iba a cuidar durante seis semanas y luego los devolvería grandes y gordos. Tomás llevó su manada al corral y todos corrieron a los montones de la rica comida. Tomás sacó su flauta y empezó a tocar. “¡Jon, jon, jon!” ¿dijeron los cerdos, como queriendo decir ¡ésta es una gran fiesta!

Después de haber comido, los cerdos se fueron a acostar. Tomás corrió a su casa y los dejó durmiendo y roncando.

Al día siguiente los sacó del corral y los llevó a un arroyo que corría por el bosque. Mientras bebían, Tomás tocó una pieza. Después los llevó a un lugar donde había mucho maíz. De vez en cuando Tomás les tiraba un puño, y todo el tiempo tocaba en su flauta.

“Todos correrán donde mí cuando oigan mi flauta”, dijo Tomás, porque creerán que les voy a

dar de comer. Tomás los dejó que escarbaran buscando su propio alimento y se fué a pescar.

De camino se encontró una viejecita que tenía su casa en el bosque, se llamaba la mamá Carraca. Tomás pasaba por su casa de vez en cuando para ver una gran lechuza que tenía cuidándole la puerta. A la mamá Carraca no le gustaba que los cerdos de Tomás estuvieran cerca de su jardín y entonces les dijo:

“Tomás, Tomás, hijo del flautero,
llévese sus cerdos de aquí.”

“¡Ah, no!” dijo Tomás con energía. “Yo los tendré aquí durante seis semanas hasta que todos estén gordos”.

“Vea, Tomás”, dijo la mamá Carraca, con una sonrisa irónica, “aquí tiene una flauta nueva”. Si Ud. toca aquí, sus cerdos correrán dos veces más ligero. Pruébela y verá. Ud se divertirá también con ella en el pueblo. ¿Y ahora, sacará sus cerdos de mi jardín?”.

“Sí”, dijo Tomás, y se echó la flauta a la bolsa. A la puesta del sol, Tomás fué al corral a llamar los cerdos a acostarse. Sacó su nueva flauta, y luego sopló hasta enrojecer.

¡Cómo se divirtió! Tomás reía al ver sus cerdos, cómo corrían! Se paraban en dos patas y corrían al corral con toda velocidad.

Así pasaron muchos días y los cerdos de Tomás empezaron a engordar.

Un día se le ocurrió ir al pueblo a divertirse. Sus cerdos estaban seguros; los había dejado escarbando raíces.

Llevaba su flauta nueva en la bolsa. Cuando se acercaba al pueblo vió a la vieja Engracia que caminaba delante de él. Llevaba en el brazo una canasta de huevos, iba para el mercado y había dejado en la casa su gato y su perro. Cuando Tomás se acercó se puso a tocar y al momento la vieja empezó a bailar; ni se detuvo a poner abajo su canasta. Iba para arriba y para abajo, para allá y para acá, como una chiquilla. Todos los huevos se le quebraron y algunos se salieron de la canasta. Cuando Tomás dejó de tocar la vieja sollozaba. "Dios Santo", "¡dijo, no me ha quedado ni un huevo". "Era una broma, señora Engracia," replicó Tomás con sorna y echó a correr.

Cuando Tomás llegó al pueblo grupos de muchachos y muchachas venían por la calle principal; la escuela estaba en esa misma calle. Tomás sacó la flauta y empezó a tocar. ¡Qué extraño! Todos se pusieron a brincar y a correr de aquí para allá. Tomás siguió tocando hasta que se les hizo tarde para la escuela. Pasó el resto del día en el pueblo.

De regreso al bosque tenía que subir una gran cuesta cerca de la cual estaba la casa de la vieja Betty que tenía un cerdo en un corralito. Tomás fué al corral y empezó a tocar. Entonces el cerdo se levantó de su cama de paja y empezó a



brincar y bailar. Pero la vieja Betty sacó su cabeza por la puerta y gritó: "Fuera con su música muchacho malo".

Tomás salió corriendo hasta que llegó al pie de la cuesta. Allí vió a Susana, la lechera, cerca del portón. Tenía un balde de leche en la cabeza y un banco de tres patas en la mano. Su vaca estaba cerca.

Tomás colocó su flauta en los labios, y al momento Susana empezó a bailar. Y aunque parezca extraño la vaca también bailó en dos patas, frente a Susana. El balde cayó de la cabeza de la muchacha y la leche se derramó por el suelo. Luego Tomás guardó la flauta en la bolsa y echó a correr. Y muy a tiempo porque Susana le tiró el banco encima.

Como era semana de la feria Tomás dejó los cerdos en el bosque para irse a la fiesta. Ya estaba cerca del pueblo cuando se encontró con Simple Simón. "El pastelero está allá al otro lado de la cuesta", dijo Simón. "A Ud. le gustan los pasteles, Tomás?" "Más que el jamón", contestó Tomás. Pronto llegaron a donde el pastelero; tenía en el brazo una canasta llena de pasteles: "Déjeme probar sus pasteles", dijo Simón.

"Bueno, pero enséñeme su dinero" dijo el pastelero. El pobre Simón movió la cabeza para decir que no tenía ni un cinco.

"Le daré un cerdo por un pastel", dijo Tomás.

“Por dos pasteles”, añadió Simón, y enseñó dos dedos. “Enséñeme primero el cerdo” “dijo el pastelero”. ¿Ah, no! “dijo Tomás”, si no hay pasteles no hay cerdo. “Dénos los pasteles ya, y le daré el cerdo cuando vuelva de la feria”. Aquí están, dijo el pastelero, uno para cada uno. Espérenme aquí después de la feria.

¡Un cerdo por dos pasteles, eso sí que es bueno! dijo el pastelero. El pastelero era un hombre muy malo; él sabía que Tomás no tenía cerdos propios.

Los muchachos se comieron los pasteles y corrieron a la feria. Allí vieron a la vieja Betty, muy compuesta con su vestido de seda y su mejor sombrero. Ya muy tarde Simón y Tomás se fueron de la feria, y tomaron el camino de la casa de Betty. Tomás se asomó con disimulo al corral, ¡Ah, sí, el cerdo estaba allí.

Tomás se llevó la flauta a los labios y el cerdo parándose en sus patas traseras empezó a danzar y saltar por todo el corral como un loco. Con la flauta en los labios corrió Tomás a topar al pastelero. El cerdo se saltó la baranda más baja del corral y corrió detrás de Tomás.

Simón iba detrás con la boca abierta. El pastelero había llegado el primero al pie de la cuesta. Tomás no le dijo una palabra, pero el pastelero corrió a coger el cerdo y se lo llevó.

Al día siguiente el pastelero estaba en la feria con un gran azafate de pasteles de cerdo. Prontito

los vendió todos porque estaban muy buenos. Luego se fué para su casa.

Cuando llegó a la cuesta, cerca de la casa de Betty tuvo que detenerse porque había un grupo de gente en el camino: Allí estaban la vieja Betty, la vieja Engracia y Susana la lechera. La vieja Betty se vino donde él con un palo de escoba en la mano, "Pastelero", le gritó, "¿Ud. me robó mi cerdo?" "No, ¿quién dice que yo?" "Fué Tomás, Tomás, el hijo del flautero", gritó la gente. "Tomás me vendió un cerdo", dijo el pastelero, cuando yo venía de la feria anoche.

Vamos a cogerlo, dijo la vieja Betty, ahora está en la feria, y allá se encaminaron lo más ligero que podían.

¡Pobre Tomás, cómo lo aporrearon! Le rompieron el saco y le quebraron la flauta en pedazos. El pobrecillo iba gritando al correr calle abajo.

No hay para qué decir que él no se había robado el cerdo; no hay para qué culpar al pastelero; no hay para qué culpar al cerdo.

Traducido del inglés por la señorita,

Marta Dittel.

LA HISTORIA DE PETER PAN

IMAGINADA POR SIR J. M. BARRIE

(Continuación)

La Sombra de Peter Pan

Peter Pan lloraba porque no conseguía que su sombra se le adhiriera. Esto hizo sonreír a Wendy y ella aseguró que el jabón no servía para eso. Mejor sería coserle la sombra a los pies.

—¿Quieres que te la cosa?—preguntó y se tiró de la cama para buscar su costurero.

Luego se puso a trabajar, y si bien duele tamaño poco que a una persona le cosan una sombra a los pies, Peter lo sufrió con valor.

Y eso era lo que deveras había que hacer, porque la sombra quedó bien prendida de Peter Pan. Peter Pan se puso feliz y bailó por todo el cuarto de contento. Vió que la sombra danzaba en el piso y él agitó brazos y piernas.

Oh ¡qué inteligente soy!—gritó Peter lleno de alegría y se puso a cantar victoria como lo habría hecho un gallo en cualquier parte del mundo.

—Eres un alabancioso—dijo Wendy enojada.— Bueno, yo nada hice.

—Oh ¡sí, hiciste un poquito!

—¡Un poquito!... Si no sirvo de nada, me puedo ir—dijo Wendy, se metió entre la cama y acurrucó la cabeza bajo las coberturas.

—Oh! Wendy, no te vayas—exclamó Peter con tristeza. Es que yo no puedo dejar de alardear

cuando estoy contento conmigo mismo. Una muchacha es mas útil que veinte muchachos juntos.

En esto fué listo Peter Pan, pues a tales palabras, Wendy volvió sobre sus pasos. Y aun añadió que daría a Peter un beso, pero Peter no entendió lo que ella quería decir. Luego al ver el dedal en el dedo de Wendy, pensó que eso era lo que ella trataba de darle y tendió la mano para cogerlo.

Entonces Wendy comprendió que el pobre niño ni siquiera sabía lo que era un beso. Como era una encantadora muchachita, no quiso maltratarlo riéndose por eso, y le puso el dedal en un dedo.

A Peter le gustó mucho el dedal.

—¿Quieres que te de un beso?—preguntó a su vez Peter Pan; y quitándose un botón de su casaca, se lo dió muy serio.

Wendy lo puso al punto en una cadena que usaba al cuello y como olvidara que él no sabía lo que era un beso, le volvió a pedir uno. Y Peter le devolvió el dedal.

—¡Yo no quería decir un beso sino un dedal!—dijo Wendy.

—¿Y qué es eso?—preguntó él.

—Pues ésto—replicó Wendy, y gentilmente lo besó en la mejilla.

—¡Oh!—exclamó Peter—¡qué bonito! Y comenzó a dar a Wendy dedales en cambio; y después siempre llamó él dedal a un beso y a un beso dedal.

(Continuará)